

Terciar amoroso en una,  
Y que á un rival mas dichoso  
Besa su boca perjura!  
¡En vano entre ambos entonces  
Nuestro pensamiento cruza,  
De nuestro amor escitando  
Reminiscencias oscuras;  
Pues abrumados al peso  
De tan sabrosa coyunda,  
Piensan en sus gustos solo  
Hacer sus caricias mútuas,  
Sin que un recuerdo consagren  
A nuestras glorias ya mustias,  
Ni un dón á nuestra constancia,  
Ni un premio á nuestra ternura!  
¡En vano en giro invisible  
Allí nuestra mente lucha  
Y con añejas memorias  
Desavenencias formula,  
Porque dos almas, que el gusto  
Recíprocamente auna,  
Jamás de un voto el recuerdo  
Sus contentamientos turba;  
Y uno tras otro, estasiados,  
Placer tras placer consuman,  
Mientras que tristes nosotros  
Ninguno enjugar procura  
Las lágrimas que entre tanto  
Por nuestra faz se derrumban!  
¡Insoportable martirio,  
Cuando, en postracion tan suma  
Nuestra esperanza en el aire  
Sombras acaso figura  
Que venideros placeres  
Tan solo en sombras anuncian,  
Mientras pasando la noche  
Negra, silenciosa, augusta,  
Con su soledad nos dice:  
—“¡Jamás! ¡imposible!! ¡nunca!!!”

Al ver inquietud tan honda,  
Es de creer que en su angustia  
Don Luis batalla en idea  
Con un espectro sin duda.  
No halla del placer el colmo  
Trabado en la lid impura,  
Aunque al sentido estragado  
Estímulos acumula.

Es por demás que de Elvira  
Bese la boca de púrpura,  
Y que ella á su vez le bese  
Con amorosa ternura;  
Porque don Luis, hostigado  
Por una sombra importuna,  
Hozando, en vez de placeres,  
A tragos la hiel apura.

Imágen que á sus sentidos  
Llamando con voces mudas,  
Cual sér etéreo filtrado  
De su sér mismo en la hechura,  
Yerta entumece sus miembros,  
Dentro de sus venas pulsa,

Ciega la luz de sus ojos,  
Y entre las sienas le zumba.

¡Quiénes serán esos séres  
Que imperceptibles circulan,  
Eternos verdugos siendo  
De nuestra humana natura,  
Que ya de remordimientos  
El falso aspecto simulan,  
Ya de pasados errores  
Hosclos recuerdos apuntan?

¡Triste de él, cuando acudiendo  
De su impotencia en ayuda,  
Don Luis se arroja del lecho  
En donde el placer repulsa,  
Y ve deshacerse al aire  
Sus dichas una por una,  
Porque á la vez en su pecho  
Amor y flaqueza luchan!  
¡Cuitado cuando tendiendo,  
Desde el asiento que ocupa  
Hacia la mesa en que débil  
La luz ilumina turbia,  
Una mirada sombría,  
Cuanto sombría iracunda,  
Acierta á leer papeles  
De antiguas memorias tumba,  
Rotos pedazos del alma,  
Sombras de muertas venturas,  
Frasas de amor elocuentes,  
Cifras de dolor sañudas  
Tal vez de Irene regadas  
Con lágrimas de amargura!

—“¡A qué proseguís, impío,  
Mi esperanza alimentando,  
Si en vano os estoy, bien mio,  
Noche tras noche esperando?”

“Si Dios les da el sufrimiento  
Por el mal con que ellos dañan,  
¡Mucho ha de ser el tormento  
De los amantes que engañan!”

“Y si á mi amorosa holganza  
Burlasen tus juramentos,  
¡Plegue á Dios que á tu esperanza  
Labren sepulcro los vientos!”

“Sin tí me halla el claro dia,  
Y sin tí, porque mas pene,  
Me encuentra la noche umbría.  
¡Sola!.... ¡siempre sola!!....—Irene.”

Y en el confuso delirio,  
Que sus potencias ofusca,  
Alzó los ojos al cielo,  
Por cuyas sendas cerúleas  
Viendo la imágen de Irene  
Cruzar silenciosa y pura;  
—“¡Irene, ángel ó demonio,  
Que así mis contentos turbas,  
Perdon!!”—esclama, y el rostro  
Entre las manos sepulta;  
Mientras que Elvira, á otro lado  
El gesto tornando mustia,  
Horribles imprecaciones  
En són de rezo murmura.

## EL ALMA EN PENA.

SEGUNDA PARTE.

### DEMONIO--ANGEL.

I.

#### EL MEJOR CASTIGO EL TIEMPO.

De cuantas dichas traidoras  
Forjar á nuestra alma plugo,  
El tiempo el mejor verdugo,  
Y el mejor dogal las horas.

Vienen y vanse los años,  
Y con mentidas holganzas,  
Siempre en cambio de esperanzas  
Se compran los desengaños.

Tal don Luis á cada instante,  
En mengua de su reposo,  
Fiel recuerda siendo esposo  
Dichas que gozó de amante.

Y del tiempo que va y viene,  
Ardiendo en la oculta pira,  
Llora en los brazos de Elvira  
Tristes recuerdos de Irene.

Así de añejos amores  
Vivimos enamorados,  
Y así los gustos pasados  
Curan presentes dolores.

Que en el insondable arcano  
De los mundanales séres,  
Es de amores y placeres  
El mayor el mas lejano.

Aunque sueña en su estravió  
Con el amor de una muerta,  
De una hija la dicha cierta  
De don Luis temple el hastío.

Pues le da á un padre un destello  
Dios de su luz soberana,  
Al darle una hija, como Ana,  
De alma hermosa y rostro bello.

Y el menor de los dolores  
Debe ser su última queja,  
Si al morir el hombre deja  
Quien vierta en su tumba flores.

Que aunque un recuerdo en la vida  
Sea una dicha ilusoria,  
Tanto vale una memoria  
Entre quien todo lo olvida.

Si á Irene en su desacuerdo  
Prodigó en vida desdenes,  
Es el mayor de sus bienes  
Desque murió su recuerdo.

Pues siempre nuestra esperanza,  
En su error indifinible,  
Se prenda de lo imposible,  
Y lo imposible no alcanza.

Viendo su imágen risueña,  
Pese á la imágen de Elvira,  
Con ella al velar delira,  
Y al dormir con ella sueña.

Y si en vida su alma loca  
La desdenó cruelmente,  
Hoy la traen á su mente  
Cuanto oye, imagina y toca.

Que los males ó alegrías  
Que en el corazon se asientan,  
Los traen, cambian ó ahuyentan,  
Yendo y viniendo los dias.

Y en vano al hado enemigo  
Llamar el hombre procura,  
Que es de la humana locura  
El tiempo el mejor castigo.

II.

#### TIRÓ EL DIABLO DE LA MANTA.

—“Dadme ese papel inundo,  
Vil portador de mi ultraje,  
Antes que en rencor profundo  
Os dé para el otro mundo  
Con este acero un mensaje.”

“Y aunque con portes humanos  
Las manos á la cabeza  
Veis que no alzo á los villanos,  
Sé ponerles con destreza  
La cabeza entre las manos.”—

Y arrancándole al criado  
Furioso el pliego don Luis,  
Apeló aquel á la fuga  
Al ver su ademan hostil  
Y este, el papel estrujando,  
Entre jurar y gemir:  
—“Faltó á la red una malla,”  
Dijo despues para sí:  
“Bueno será que ya preso  
El pez se escurra sutil,  
Y cauto á los pescadores  
Enrede en su mismo ardid.”

Y antes de cerrar la puerta  
Que da en secreto al jardín,  
La fuga del mensajero  
Volvió á mirar de perfil,  
Quien aun corriendo seguia  
Por el opuesto confin,  
Que como el valor presta alas,  
Da el miedo piés para huir.

## III.

## AMOR CON AMOR SE PAGA.

DON LUIS.

Trémulo don Luis el pliego  
Desdobra poco despues  
Sentado frente á una mesa  
En la que alumbraba un quinqué.  
Al ver la letra, su sangre  
Se arremolinó en su sien,  
De sus rencores anunció  
De una castástrofe pié.  
Y golpeándose la frente:  
—“Huyó con efecto el pez,”  
Dijo, y derramó una lágrima;  
“Quiera Dios que pare en bien.”  
Y entre las manos las sienes,  
Los ojos sobre el papel,  
Rumiando frase por frase  
Así una tras de otra lee:

—“Aunque teniéndoos presente,  
Don Pedro, os ame rendida,  
Dejad que os repita ausente  
Que es vuestra siempre mi vida.”

“Dejad que os esté el deseo  
Eternamente adorando,  
En vos mismo, cuando os veo,  
En vuestra imágen, soñando.”

“Bien sé que amándoos sin tino  
Mancho el honor de un tercere,  
Pero él me enseñó el camino,  
A otra engañando primero.”

“Irene á mi esposo amaba,  
Cuando yo á vos os quería;

Y cuando yo á él le engañaba,  
Él á Irene amor mentía.”

“Doile pues el desengaño  
Que labró su torpe lengua;  
Como la engañó, le engaño;  
Matar á un traidor no es mengua.”

“Que os debo querer, no hay duda;  
Que antes de mi casamiento  
De ello os hice juramento.  
Ana, vuestra hija, os saluda.”

—“¡No era mia!...—el triste padre  
Con infantil candidez,  
Transido prorumpió entonces,  
Y luego otra vez, y cien,  
—“¡No era mia!”—murmuraba,  
Vertiendo por llanto hiel,  
Desordenado el cabello,  
Como la muerte la tez.

¡Ay del corazon del hombre,  
Si el amoroso cincel  
En su espesor lentamente  
Labrando una imágen fué:  
Pues, ya el sacrilego amaño  
De alguna torpe doblez,  
Ya el tierno vínculo roto  
De una quebrantada fe,  
Borran hasta el postrer rasgo  
De su idolatrado bien,  
Y cuando el traslado arrancan  
Sale el corazon con él!

—“¡No era mia!... ¡No era mia!...”  
Gritaba en su afán cruel.  
—“Pues mueran entrambas,”—dijo:  
Y airado tornó á leer!

—“Luis á Irene há tiempo nombra  
Con amante desvarío:  
Si todo en el mundo es sombra,  
Lo mismo es su amor que el mio.”

“Y aunque uno á otro nos odiamos,  
En nuestros locos estremos  
Callamos, porque miramos  
Que andamos cuanto corremos.”

“Yo le miento placentera;  
El mentiroso me halaga:  
Si él es falso, yo embustera:  
Amor con amor se paga.”

—  
Cuando nuestra alma estremece  
De la fortuna un vaivén,  
De cuyo estrago los ojos  
El fin no aciertan á ver,  
Ata nuestra voz el pasmo,  
Y nuestra mente un cancel;

El corazon mal herido  
Deja sus alas caer:  
Las lágrimas que á los ojos  
Aun no se asomaron bien,  
Vuelven por la misma senda  
Al pecho ecsequias á hacer;  
Lágrimas que idolatradas,  
Si no la animan tal vez,  
Mueren con ella en el fondo  
Del alma que las dió el sér.

¡Pobre don Luis que, privado  
De amor y honor á la vez,  
Perdió con prendas tan caras  
El sentimiento tambien,  
Y desmayados sus miembros,  
Entumecidos sus piés,  
Solo en su estático rostro  
En mezcla mortal se ven  
Lo estúpido de la infancia,  
Lo débil de la vejez!

¡Y mas triste todavia  
Cuando en reacción cruel  
Aglomerada su sangre  
Vuelve en las venas á arder  
Sus miembros se vigorizan,  
Torna á traspasar su tez,  
Y una y mil veces trabado  
En violentos traspiés,  
Mide furioso la estancia  
Desde una á la otra pared,  
Hasta que un puñal asiendo  
En ansia de no sé qué,  
Clamó, cual si desalado  
Corriese tras no sé quién:  
—“¡Amor con amor se paga:  
Tiene razon mi mujer!”

## III.

## EL ANGEL DE LA GUARDA.

## I.

DON LUIS.

Ecsecraciones lanzando  
En los estremos de su ira,  
Llegó don Luis á la estancia  
De su idolatrada hija;  
Y aunque hondamente entrañables,  
Tal vez desapercibidas,  
Rodaron algunas lágrimas  
Por sus candentes mejillas,  
Al encaminar sus pasos  
Del aposento á una esquina,  
En donde en confuso aspecto  
El lecho de Ana divisa.  
Asiendo con ruda mano  
Las misteriosas cortinas,  
Ya iba aquel pecho tan virgen  
A desgarrar parricida,

Cuando las soltó, impelido  
De una repugnante grima,  
Con el afán batallando  
De esas sensaciones íntimas,  
Que emanándose espontáneas  
De su contestura misma,  
Sin prevenciones ni amagos  
El corazon nos lastiman.

¡Horrible será sin duda  
De un padre la suerte indigna,  
Cuando por un caso de honra,  
Tal vez por una mentira,  
Dar ofendido la muerte  
Pretende á quien dió la vida,  
Y un ídolo edificando,  
Para aventarle en cenizas,  
Mece una mano su cuna,  
Y la otra enciende su pira!

Así el amor sofocando,  
Del honor voces malditas,  
Ilusiones en que débil  
La humana flaqueza estriba,  
Tuvieron del asesino  
La voluntad indecisa,  
Hasta que brotando en su alma  
Preocupaciones impías,  
Que revelaban del mundo  
Sarcásticas invectivas,  
Corrido, desesperado,  
Por una irónica risa  
Que se engendró en su conciencia,  
Clamó infeliz:—“hija mia!”—  
Y descolgando el acero  
Sobre las holandas finas,  
Tan crudos golpes reparte  
Que el corazon petrifican.

Y mientras don Luis la muerte  
Aquí y allí disemina,  
Sin conocer ofuscado  
Que el aire solo acuchilla;  
Ana en el jardín contempla  
La luz de la luna tibia,  
Ante la cual giran sombras,  
Partos de su fantasía;  
Y así encuentra delirando  
Gustos en vez de desdichas,  
Que no son los que mas yerran  
Los que en el mundo deliran.

## II.

ANA.—EL ALMA EN PENA.

¡Bien haya la inocencia,  
Precioso don del justo,  
Que sin broquel robusto  
Su frágil existencia  
Guarda la Providencia  
Con su poder augusto!

Deslízase la vida  
En tan sabroso estado,  
En brazos adormida  
Del tiempo nunca airado,  
Como fugaz paloma  
Por un cielo de aroma  
Cruza con pompa suma,  
O cual botado esquiife  
Sin miedo á un arrecife  
Orza en mares de espuma.

¡Feliz mil veces Ana  
Que con tranquilo pecho  
Deja el amor del lecho  
Por respirar temprana  
La brisa que serena  
En noche tan amena  
Murmura á su ventana!  
Miden sus ojos bellos  
Del campo las alfombras,  
Y ven sombras y sombras,  
Vagar á los destellos  
De la naciente luna  
Que baña la alameda,  
Y aun cree escuchar alguna  
Que la murmura queda:  
—“Baja á los campos, niña,  
Halle tu alma inocente  
Refugio en la campiña.  
¡Guay que el volcan ardiente  
Los árboles desgaja  
Cabe tu hermosa frente!  
Deja el monte eminente;  
Baja á los campos, baja.”—

Y dócil á su acento,  
Con infantil contento,  
De la tendida vega  
Donde el volcan no llega,  
Movi6 su pié inconstante  
Por el floreal camino;  
Que nunca un pecho amante  
De la virtud tocado,  
Desoye, rebelado,  
La voz de su destino.

La augusta perspectiva  
Que ve como soñando,  
Y el aura que oye esquivada  
Tonos de amor formando;  
Y aquellas sombras vagas  
Que embozan la floresta,  
A cuyo centro oscuro  
Parece que á un conjuro  
Vienen como de fiesta  
Las protectoras magas,  
Confusamente un mundo  
Forjan de Ana en la mente,  
Hermoso sin segundo,  
Donde confusamente  
Se oyen tiernas canciones  
Nunca escuchadas antes;

Y vense perfecciones  
De no vistos amantes;  
Y se aspira la esencia  
De unas flores sin nombre,  
Que esquivan la presencia  
De la mansion del hombre;  
Y míranse las danzas  
De plantas fugitivas,  
Risueñas lontananzas,  
Citas de amor furtivas;  
Porque una noche clara,  
De sombras nunca avara,  
Tantos prodigios junta  
En almas hechiceras,  
Si en ellas ya despunta  
La edad de las quimeras.

Rayando la mañana  
Tocó á su fin la luna,  
Y al ver las sombras Ana  
Deslizarse una á una,  
Y que insensible huía  
La mas idolatrada,  
Creyó que de callada  
Pasando, la decia:  
—“Ya viene la mañana;  
Vuélvete, niña, al lecho  
Dó no amaga tu pecho  
La antes hambrienta fiera.  
Llora á los tristes, Ana:  
Torna al redil, cordera.”—  
Y á la luz matutina,  
Del sol que empezó á alzarse,  
La imágen peregrina  
Vió de Irene alejarse,  
Cual iris inseguro  
Que ya sin fuerza alguna  
Un débil claro-oscuro  
Esparece desteñido;  
O cual rayo de luna,  
Que acaso con mancha  
Mas enturbia que brilla  
A los del sol tendido.

Y al ver las limpias huellas  
Ana, del claro dia  
Que intenso destruía  
Sus ilusiones bellas,  
La lumbre maldiciendo  
Del sol que iba creciendo,  
Traspuso la distancia  
De su vecina estancia,  
Hallando de esta suerte  
El sueño mas tranquilo  
Allí donde há tan poco  
Que con intento loco  
Sentó con mano fuerte  
De su guadaña el filo  
La incesorable muerte.

¡Cuánto fueran distintos  
Los mas funestos hados,

Si siguiesen lanzados  
Los hombres con anhelo  
Los mágicos instintos  
Que les inspira el cielo!

—\*—\*—

IV.

#### LUCHA CON EL DESTINO.

DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA.

Al ver el lecho vacío,  
En amarga transición,  
Tiñó de Don Luis el rostro  
Mas que la rabia el pudor.  
Y de sí mismo afrentado  
De la estancia de Ana huyó,  
Cual buscando de la sombra  
Asilo en el espesor;  
Y á solas con ciego encono  
Golpeándose el corazón,  
Gimió de sí con desprecio,  
Y de vergüenza lloró;  
Que, mas que pese á su orgullo,  
Y pese á su propio amor,  
Se ven, al verse tan viles,  
Tales cual los hombres son.

Lloró infeliz, pero al cabo  
Reconcentró su furor,  
Y al aposento de Elvira  
Su rabia le encaminó;  
Porque detener al hombre  
Tan solo pudiera Dios,  
Cuando ya empezó el camino  
De su eternal perdición.  
Y en vano en tan duro trance  
De un espíritu el amor  
Pretende obstruirle el paso  
En fantástica ilusión:  
Y en vano sus turbios ojos  
Girando ante ellos nubló,  
Y desconcertó su mente,  
Y ahogó su respiración,  
Porque don Luis despeñado,  
Sin luz, sin alma y sin voz,  
Hasta la estancia de Elvira  
Colérico se arrastró;  
Pues siempre con el destino  
Lucha el hombre con valor,  
Aunque siempre al ser postrado  
Gime con vil abyección.

Reposa Elvira en el lecho,  
Y al desacorde rumor  
Que hizo al abrirse la puerta  
Cuando en sus goznes rodó,  
Ni tuvo de alzar los ojos  
La mas fugaz tentación,  
Porque también duerme el crimen  
Tras el desvelo traidor.  
Y vanamente en el alma

Una celeste vision  
Como inspirados acentos  
Piadosa le murmuró  
Secretas voces de huida,  
Palabras de salvación,  
Oscuras frases del cielo,  
Ecos de un sér velador,  
Pues ensimismada entonces  
En su tenaz postración,  
Necia de escuchar se abstuvo  
Séres que tanto ofendió.  
¡Mas ay! que al fin desoyendo  
Instintos del corazón,  
Pronto vió enfrente á su esposo  
Que con aspecto feroz  
Audáz sorteaba su seno,  
Y en ansias mortales:—¡Oh!!!—  
Pudo pronunciar apenas  
Su labio con muerto són,  
Porque de su blanco pecho,  
Formando un profundo hervor,  
Se abocaron por la herida  
La sangre á un tiempo y la voz.  
Petrificado el de Castro,  
Con satánico furor  
Ni lágrimas ni suspiros  
En holocausto rindió,  
Porque tan viles crueldades  
En casos tan tristes, son  
Infulas que dá el orgullo,  
Alientos que da el honor:  
Y á la luz nocturna que entra  
Por el contiguo balcón,  
Sobre una mesa, tranquilo,  
Así á escribir se sentó:

“Don Pedro, mi esposa ha muerto.  
Yo soy noble: vos galante:  
Y es quimera,  
Que la que, con trato incierto,  
Esposo tuvo y amante,  
Sola muera.”

“Sitio,—la playa:—hora,—ahora:  
Las armas,—una á los dos  
Satisfaga:  
Si una daga á la traidora  
Dió muerte, déosla á vos  
—Una daga.”

“Rogad á Dios... ¡Oh! vuestra ira  
Me alzaré el padron maldito  
Que hoy arrastro.  
¡Visteis la sangre de Elvira!  
Pues ved con qué tinta he escrito.  
—Luis de Castro.”—

Y tendiendo al levantarse  
Los ojos en derredor,  
En el adúltero rostro  
Por postrer vez los clavó;  
Y luego asestando á su alma  
Un dardo la compasión,